

UN SIGLO DE ACCION SOCIAL EN EUROPA.

Coloquio internacional en la Universidad de Navarra

POR

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN (*)

Los días 26 y 27 de abril se ha celebrado un Coloquio internacional en la Universidad de Navarra sobre «Un siglo de acción social en Europa, 1891-1991», bajo la dirección del Dr. D. Antón M. Pazos, a cargo del Centro de Investigaciones de Historia Moderna y Contemporánea (Facultad de Filosofía y Letras) y del Instituto de Historia de la Iglesia (Facultad de Teología) (1).

El objetivo del Coloquio ha sido efectuar «el balance de un siglo de "catolicismo social", tal como se ha estudiado en la historiografía de los últimos años», con ocasión del centenario de la encíclica *Rerum novarum* de León XII, tanto por ser este documento pontificio la directriz doctrinal más característica en la época para afrontar la «cuestión social» generada por las revoluciones industriales, como por los «actos conmemorativos y (...) numerosos congresos históricos» celebrados con ocasión de dicho centenario.

El carácter del Coloquio ha querido ser interdisciplinar, propio de las ciencias sociales, con una perspectiva sobre todo internacional. Lógicamente, no podía estar ausente el catolicismo-social en España, como tampoco —metodológicamente— una perspectiva regional, en este caso de Navarra.

Los países elegidos para estudio son aquellos cuyo catolicismo-social fue más activo, tanto doctrinal como en realizaciones prácticas, esto es, Alemania, Bélgica, España, Francia e Italia. En cada uno de ellos, los católico-sociales tuvieron su propia personalidad y trayectoria, en estrecha relación con la situación social, religiosa y económica de cada país. Si el estudio del movimiento social-

(*) Doctor en Historia.

(1) Los patrocinadores del Coloquio han sido: el Ministerio de Cultura, la embajada de Francia y la Caja Rural de Navarra, y ha colaborado el Centro de Documentación Europea.

católico manifiesto conlleva unos problemas propios y peculiares en cada uno de los Estados citados, la dificultad de la investigación se multiplica si tenemos en cuenta la complejidad de los hechos latentes que precisamente adquieren una gran relevancia en el estudio de la denominada «cuestión social».

El Coloquio incluyó seis conferencias efectuadas con una visión de síntesis —lo que las hizo densas, documentadas y peculiarmente interesantes—, seguidas de tres sesiones de trabajo con los correspondientes profesores. En estas líneas pretendemos informar del riquísimo contenido de las ponencias, así como de su publicación a efectuar a cargo de la Universidad de Navarra.

Los parámetros cronológicos abarcaron desde los comienzos del catolicismo-social hasta la segunda guerra mundial, con mención a la actualidad.

El Dr. Yves-Marie Hilaire, de la Universidad de Lille, explicó «Un siglo de catolicismo social en Francia desde una perspectiva europea». Lo peculiar de Francia fue, tanto ser un *semillero de ideas*, con fuerza ya en 1848, como su considerable influencia entre los católico-sociales de otros países europeos. Por el contrario, las realizaciones fueron limitadas en un movimiento social que comenzó con cierto retraso.

En la oposición al liberalismo económico se dieron cita los vigorosos legitimistas (contrarrevolucionarios y corporativistas); los católico-liberales de Lammenais; y Federico Ozanam como fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl, la organización principal del momento y generadora de buena parte de las obras sociales del siglo XIX dentro y fuera de Francia.

Al movimiento católico-social le perjudicó la cuestión política por empañar a aquél y comprometer a no pocos católicos; la cólera que suscitó el clericalismo y el paternalismo de los católico-sociales; la fuerte de descristianización sufrida por los obreros, debido, tanto a que la burguesía industrial, anticlerical, era un hándicap para la práctica religiosa de los obreros (regiones de París, Lille y Lyon), como al anticlericalismo (para defenderse de él los católicos crearon una contra-sociedad) y a los contenidos de la enseñanza pública desarrollada entre las clases trabajadoras. No obstante, debe destacarse la formación de una burguesía católica en el norte (región de Lyon) en la segunda mitad del siglo XIX, al igual que en la zona del Rin de Alemania, en Bélgica, y el norte de Italia. Esto —a nuestro criterio—, impide identificar la industrialización con el liberalismo.

Según Hilaire, la encíclica *Rerum novarum* fue comentada, estudiada y acogida muy favorablemente entre los obispos, cardenales

nales y dirigentes (laicos y sacerdotes), que luego promoverán su desarrollo y aplicaciones. Sin embargo, no conllevó una identidad de criterios entre los católicos, quienes convergían en el rechazo de León XIII al socialismo y discrepaban en otros muchos aspectos. Los periódicos de izquierdas (liberales y socialistas), decepcionados, caricaturizaron el documento pontificio. No lo hizo así Paul Lafargue, marxista ortodoxo, según el cual la *Rerum novarum* era el acto más importante de la catolicidad del siglo XIX, y un documento interesantísimo, muy bien pensado y escrito.

El primer resultado de la encíclica fue la denominada segunda democracia cristiana, la gran eclosión del movimiento social-católico. Se crean varias escuelas sociales conforme a los debates surgidos con ocasión de la encíclica (justo salario, intervencionismo estatal, sindicatos mixtos o sólo de obreros), los franceses obedecen las indicaciones de León XIII sobre la no politización del movimiento (politización que apareció en los Congresos de 1896, 1897 y 1898), se convocan semanas sociales desde 1904, la juventud se compromete en el combate social conforme al lema de «sociales porque católicos», se proponen muchas leyes sociales, se considera más urgente resolver la cuestión social que la clerical, y los católicos-liberales entran en acción. A pesar de todo ello, el catolicismo-social penetrará con dificultad entre los franceses, no obstante las tentativas y el entusiasmo de los católicos. El mantenimiento de los sindicatos mixtos, hasta 1914 obstaculizó la creación de los sindicatos libres, sólo de obreros y dirigidos por los trabajadores. A esta dificultad se le añade la aparición del modernismo, que comprometió el futuro del movimiento y a no pocos católico-sociales: en 1910 se condena a «Le Sillon» (2), en 1914 el abate Lemite es suspendido *a divinis*, y las semanas sociales son acusadas de modernismo social.

Entre las dos guerras mundiales, el catolicismo-social francés adquiere un gran auge; aumenta el número de militantes; la condena por Roma de la «Acción Francesa» (3) libera fuerzas hasta entonces contenidas; la encíclica *Quadragesimo anno* (15-V-1931), de Pío XI, propuso notables avances sociales; la doctrina social en Francia se consolida; se eleva mucho el número de revistas católicas; Maritain efectúa sus aportaciones, y adquirió una gran fuerza la Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos (CFTC), que

(2) Pío X, en su encíclica *Notre Charge apostolique*, del 25-VIII-1910, condena el movimiento «Le Sillon» liderado por Marc Sangnier. Esta enseñanza pontificia causará sorpresa en no pocos círculos católico-liberales.

(3) Pío X condenó siete obras de Maurras y la revista de su movimiento, aunque por prudencia, diferió la publicación de un Decreto que Pío XI publicará doce años después, el 29-XII-1926.

resistió los embates anticlericales del Frente Popular. Las relaciones con el Sumo Pontífice mejoran; la idea religiosa penetra en la vida cívica; los católicos se ecuentran a las puertas del poder político, y los diputados católicos obtienen importantes logros sociales.

De 1945 a 1965 el movimiento alcanzó su apogeo. Los católicos participaron en buena medida en el poder político, varios ministros proceden de la Juventud Obrera Católica, y las semanas sociales adquieren un gran esplendor, especialmente debido a los temas estudiados y trabajados después. De 1965 a 1980 adviene la crisis y la autodestrucción. Según Hilaire, esto se debió a la crisis por la que atravesaron ciertos sectores de sacerdotes y de trabajadores católicos, a la mundanización de la teología, a la influencia del marxismo y al ataque de los marxistas a la doctrina social católica, a la división existente entre los católicos debido a la desconfesionalización de la citada CFTC, a finalizar las semanas sociales en 1973, a la decadencia espiritual —de carácter culpabilista— que consideró entonces inútil el catolicismo social. A pesar de ello, según el ponente, habría no pocos signos de un actual renacimiento del catolicismo social en Francia. En este sentido, Hilaire finalizó su brillante ponencia con una llamada a los católicos a una mayor coherencia y compromiso cristiano, y a Europa, toda vez que Francia habría fracasado por cerrarse en sí misma durante largo tiempo. Su propuesta: trabajar por el renacimiento del movimiento social-católico francés.

El Dr. Emmanuel Gerard, de la Universidad de Amberes, expuso «Cien años de acción social en Bélgica». Su punto de partida fue mostrar algunas peculiaridades originales de Bélgica: un régimen político estable; la ausencia del problema interconfesional debido a la gran mayoría católica en Bélgica; la diversidad existente entre el sur valón (industrial) y el norte flamenco (rural y tardíamente industrializado); unas relaciones en ningún momento rupturistas, sino óptimas, entre Iglesia y Estado; la existencia de un partido netamente confesional católico sostenido por la jerarquía eclesiástica, y el carácter pragmático (más práctico que doctrinal) de los católico-sociales. Según Gerard, lo más característico del catolicismo-social belga sería su *pragmatismo* y el *florecimiento de sus realizaciones prácticas*.

De 1830 a 1886 los católico-sociales trabajan en obras de previsión, patronato, caridad, y rechazan el intervencionismo del Estado aunque no existiese legislación social alguna. La *Rerum novarum* incitó al compromiso social de manera que, de 1886 a 1914,

el movimiento social-católico desborda el conservadurismo, lidera el asociacionismo y la justicia social, hace proliferar obras sociales de todo tipo (círculos obreros, mutuas de socorro y previsión, cajas de ahorros, corporaciones, ligas agrícolas parroquiales, sindicatos, protección de viviendas, etc.). Asimismo, el partido católico era el único que ocupaba el poder político.

Una circunstancia fue particularmente grave: la crisis económica industrial y agraria de 1870, agravada en 1880, influyó gravemente en la cuestión social. Por otra parte, los socialistas se organizan en el Partido Obrero Belga en 1885, unido al movimiento de librepensamiento. Simultáneamente se crea el primer sindicato antisocialista en Flandes, en 1886; los ultramontanos se orientan con fuerza y vigor a la acción social, forman Congresos y contribuyen a la elaboración doctrinal de la *Rerum novarum*; los obispos y el clero forman parte activa en el desarrollo doctrinal y práctico de la cuestión social; el sindicalismo obrero cristiano comienza en 1904, depende del clero, se aparta claramente de la política y se distancia de las mutuas por dedicarse éstas sólo a la previsión; se convocan semanas sociales desde 1910, y se crea la Federación de Círculos de Estudios (sociales y apoloéticos) en 1912.

Desde 1830 a 1914 existe una floreciente red de realizaciones y, aunque el clero esté presente en el movimiento social, este último es independiente de aquél. Dentro del catolicismo surgirá un conflicto entre conservadores y reformistas, por lo que la historia de la democracia cristiana se encontrará ahora cuajada de conflictos internos. A pesar de que los sindicatos católicos se hayan apartado inicialmente de la política, antes de 1914 aspirarán a influir en ella, originando posteriormente no pocos problemas.

En la época de entreguerras, el catolicismo-social belga pierde influencia social y número de afiliación, así como la mayoría parlamentaria. Tras 1918 los obreros católicos rompen con la Liga Democrática Belga por «burguesa» y en 1921 se funda la Liga Nacional de Trabajadores cristianos. Esta última posee un carácter laico, interviene en la actividad política, se preocupa de todos los aspectos de interés para los obreros (intelectual, moral, profesional, etc.) y busca una emancipación completa del trabajador. También se desarrollará la Acción Católica a partir de la Asociación Católica de la Juventud Belga (1921) y de las federaciones de mujeres, subordinada a la jerarquía eclesiástica y con un carácter apolítico e interclasista. La Unión Católica Belga intentará, sin éxito, la unión entre los católicos. El citado movimiento obrero social-católico será combatido por católicos conservadores, que fundan sus propias obras sociales. Dicho conflicto entre los demo-libe-

rales y los restantes católicos fue vivo y global. En esta división, cada sector creará sus propios grupos de acción de todo tipo. Esta desunión y la consiguiente pérdida de fuerzas conllevó el triunfo electoral socialista. No en vano, en vísperas de la segunda guerra mundial, el partido católico pierde 1/4 del electorado, prospera el sector tendente al fascismo, y los obispos urgen la unión entre los católicos en un partido católico. El movimiento obrero mantuvo tanto su autonomía respecto a la jerarquía eclesiástica como su carácter laico (no laicista). Según Gerard, este carácter explicará el posterior éxito de este movimiento tras el conflicto bélico. Actualmente, el obrerismo cristiano es sólido y poderoso, cataliza numerosas organizaciones de previsión, socio-culturales, cooperativas, etc., que compiten con los socialistas e incluso, en Flandes, ha potenciado el partido social-cristiano, que es más fuerte que en Walonia. La Iglesia, que ha aceptado la situación de hecho del citado movimiento obrero cristiano, cumple con el encargo de impartir la educación religioso-moral dentro de este movimiento; a través de la Acción Católica, lo cual Gerard considera un ejemplo más del pragmatismo belga.

El Dr. Luigi Trezzi, profesor de la Universidad de Brescia, disertó sobre la «Acción social y política de los católicos italianos en torno a la *Rerum novarum*». Tras un recorrido historiográfico en el que distinguió tres grandes corrientes, católica, liberal y marxista, el ponente efectuó una breve crítica a esta última al señalar su excesiva utilización de esquemas ideológicos; poseer una visión negativa de la historia del movimiento social-católico; y olvidar, tanto que este movimiento es posterior —no anterior— a la industrialización, como la debida diferenciación entre la economía real y la especulativa.

Según el Dr. Trezzi, lo peculiar del catolicismo social italiano es la *gran importancia del clero a través del párroco*, convertido éste en motor del movimiento social, y la inhibición política de los católicos debido al *non expedit* decretado por el Sumo Pontífice, al considerarse prisionero del Estado liberal italiano tras la invasión de los Estados Pontificios, lo cual dirigió a los católicos a la cuestión social.

La primera etapa del catolicismo-social no fue reivindicativa sino caritativa, aunque —precisó el ponente— la definición tradicional de ésta no sirve para reflejar la nueva caridad. Destacan las 59 congregaciones religiosas dedicadas a la caridad mediante una asistencia especializada (infancia, emigrantes, sordomudos, etc.) y una gran imaginación, así como las Conferencias de San Vicente de Paúl y grandes figuras como San Juan Bosco. Aparecen las so-

ciudades de mutuo socorro con un carácter de previsión, moderno y típicamente capitalista; muy diferente al de tiempos atrás. Esta acción social no sólo incluyó los sindicatos, sino también la caridad, es decir, todos los perfiles relativos al mundo laboral y al propio trabajador.

En un primer momento, el agente o motor de la causa social fue la élite social (nobleza y alta burguesía), pronto sustituida por el clero principalmente, pero también por la pequeña burguesía. Dicho clero fue importante sobre todo en el norte, pues no en vano abarcaba el 40 por 100 de los dirigentes sociales. Aunque el párroco, muy arraigado socialmente, dirigía múltiples actividades sociales; especialmente potenció el mutuo socorro y las cooperativas de consumo y de crédito. Además del valor propio de esta actividad, la acción social del clero; sobre todo, pretenderá frenar el proceso desecristianizador y estaba orientada a la evangelización.

El movimiento social, incluidos los sindicatos, tenía un carácter claramente confesional católico. No obstante, se asistirá a una separación progresiva entre la parroquia y el movimiento sindical, el cual adquirirá una estructura propia e independiente de cualquier institución eclesiástica.

Desde 1874 hay un paralelismo y vinculación organizativa entre el movimiento espiritual y el estrictamente social, ambos católicos. Estas organizaciones son sucesivamente las siguientes: la Opera dei Congressi (1874) tiene una II Sección dedicada a la cuestión social; a la Unión Católica, que sucede a la Opera, le corresponde la Unión Económica y Social; y el Partido Popular Italiano (1919) tiene dos organizaciones sociales, una sindical y otra cooperativa. Después que el fascismo suprimió toda organización que no fuese la del partido único, a la Democracia Cristiana (1945), sucesora del Partido Popular, le correspondió una Confederación Cooperativa Italiana, sustituida después por la Confederación Italiana de Sindicatos y del Trabajo.

La evolución ha sido como en otros países. La mutualidad (previsión y socorro), que incluyó una gran parte de los efectivos sociales, fue sustituida paulatinamente por el sindicalismo tras 1909. Estos sindicatos eran principalmente rurales; entre los sectores industriales destaca el textil y en mucho menor grado el metalúrgico. También la intervención del Estado ha seguido una evolución en el pensamiento social católico, desde Toniolo y Sturzo (anti-intervencionistas y antiestatalistas), hasta De Gasperi, que aspiró a un Estado corporativo con intervención en la economía y la sociedad. En gran medida, las circunstancias indicaban la trayectoria a seguir.

El Dr. Konrad Reppen, profesor de la Universidad de Bonn, penetró con una brillante síntesis en los «Ciento cincuenta años de catolicismo social en Alemania: fundamentos y problemas historiográficos».

En Alemania —diferenciada de Austria— el catolicismo social fue muy temprano. Supuso un conjunto de doctrinas sobre temas sociales (desde 1835 hay expertos corporativistas y gremialistas). Su desarrollo, enraizado en el contexto vital del catolicismo alemán, hizo que dicho movimiento no fuese algo abstracto, ni sinónimo de jerarquía católica, sino fruto de un grupo social que, en el ejercicio de su propia responsabilidad, se propuso solucionar los problemas sociales. Los obreros católicos no sufrieron la influencia de la descristianización hasta 1914. En realidad, la Alemania católica sufrió la secularización en un grado bastante menor que la protestante.

El catolicismo social fue un *movimiento de masas*, iniciado en 1840, desarrollado en 1848 y que adquirió una gran importancia en la República de Weimar (contaba con 280 organizaciones católico-sociales). El catolicismo-social, que participó de diversas maneras —y nunca como poder único— en los grandes desafíos presentados por la cuestión social, optó por una vía propia en su camino hacia la industrialización, con el propósito de desvincular el capitalismo del liberalismo. La amplitud de su objetivo social fue considerable, pues se dirigía a toda la sociedad (no sólo a la miseria social) y englobando todos los campos vitales (no sólo el trabajo), máxime cuando los trabajadores industriales eran, según las diferentes épocas, un limitado número de población.

Reppen destacó la prontitud y vigor del catolicismo-social anterior a 1891, el apoyo recibido del clero y de la Iglesia jerárquica, y la labor de personalidades como Emmanuel von Ketteler, Franz Hitze (no doctrinarios mediante sistemas acabados, sino hombres de doctrina y de acción), Brandts (industrial muy activo) y Otto Müller, que en 1914 reunió a un tercio de los trabajadores católicos alemanes. La actividad de las Dietas católicas se inició en 1869.

El momento cumbre del catolicismo social alemán perdura hasta 1914, patente mediante las Dietas, las múltiples asociaciones laborales y sociales, y la vinculación de dichas asociaciones obreras con una Asociación Popular para Alemania Católica (4) que poseía 800.000 miembros y se autofinanciaba. Este movimiento católico-social, como *realización de masas*, competía con el socialismo a finales del siglo XIX, debido a la gran fuerza, actividad, número de

(4) Luis Windthorst fundó esta asociación popular o «Volkverein» poco antes de morir en 1891.

organizaciones, afiliación, reuniones y prensa de los social-católicos. Su carácter fue gremialista, corporativo y sindical. Dichas organizaciones católicas se potenciaron a finales del siglo XIX, aunque la *Rerum novarum* tuviese muy poco eco en Alemania por confirmar aspectos ya conocidos dentro de sus fronteras, por no abrir nuevos caminos, y por no contener afirmaciones sobre la política concreta del Zentrum en materia social (respecto a salarios, contratos laborales, y sobre si confiar o no al Estado parte de los seguros). La encíclica de León XIII estudiaba problemas poco actuales en Alemania:

Durante los primeros años del siglo XX, según Repgen, en Alemania hubo un serio, sucesivo y triple conflicto sobre el sindicalismo cristiano, ciertos aspectos doctrinales y la orientación del mismo Zentrum alemán. En el largo debate sindical participaron laicos y obispos, a favor o en contra del carácter interconfesional de los sindicatos. En este marco se sitúa la conferencia episcopal de Fulda, sobre la que Repgen profundizó en el posterior debate. Pío X, en la encíclica *Singulari quaedam* (1912), decidió tolerar los sindicatos interconfesionales, pero sin aprobarlos expresamente (5).

(5) En otros países también existió esta polémica, aunque en algunos de ellos será posterior. Por su importancia, citamos las palabras más expresivas de Pío X en *Singulari quaedam* (24-IX-1912), en las que, atendiendo a las «nuevas circunstancias» y con «las debidas precauciones» (núm. 6), tolerará los sindicatos interconfesionales. El pontífice señala: «Nos, por consiguiente elogiamos con gran satisfacción cuantas asociaciones netamente católicas de obreros hay en Alemania, y queremos que tenga feliz éxito cuanto se proponen en provecho de la muchedumbre trabajadora, y les deseamos siempre los más halagüeños progresos. Y, al decir esto, no negamos que sea lícito a los católicos —con objeto de buscar una mejor fortuna para el obrero, para establecer una más justa relación entre salario y trabajo o por otra causa cualquiera de honesto beneficio— trabajar de consuno con los acatólicos, con la oportuna cautela, por el bien común. Para esto, sin embargo, preferimos que las asociaciones católicas y acatólicas se unan entre sí mediante una oportuna invención llamada *cartel*».

En esto, sin embargo, venerables hermanos, no pocos de vosotros nos pedís que os permitamos tolerar los llamados sindicatos cristianos tal como se hallan constituidos al presente en vuestras diócesis, por cuanto no sólo agrupan un número mucho mayor de obreros que las asociaciones meramente católicas, sino que también, de no consentirse esto, se seguirían grandes males. Y, atendidas las peculiares características del catolicismo en Alemania, juzgamos que debemos acceder a vuestra petición y declaramos que se puede tolerar y permitir a los católicos que formen parte también de las asociaciones mixtas que existen en vuestras diócesis, mientras por nuevas circunstancias no deje esta tolerancia de ser conveniente y justa; pero siempre a condición de que se tomen las debidas precauciones para orillar los peligros que dijimos van anejos a tales asociaciones (...)» (núms. 5 y 6). A continuación señala las precauciones al efecto. Esta tolerancia canónica concede el derecho

A juicio del ponente, el significado actual en Alemania del catolicismo-social es diferente al que se le daba antes de 1914. La disolución del grupo católico en Alemania hace que el catolicismo-social, en sus diversas formas, haya perdido hoy vigencia de hecho. De mencionar los aciertos y errores de los católico-sociales de ayer, hoy sería injusto recordar y aun amplificar dichos errores. A juicio de Reppen, existen motivos suficientes para desarrollar actualmente un catolicismo social, debido a la necesaria defensa del derecho natural y a los actuales desaffos sociales. El recuerdo del pasado animará, sin duda, a la acción en el presente. Y añade: si puede ser un desafío alcanzar —al menos— las metas del ayer, es un elemento más de esperanza el que, en 1987, la natalidad en la familias católicas sea superior que entre las protestantes, manteniéndose así cierto perfil social católico.

El Dr. José Andrés-Gallego, miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, desarrolló el «Pensamiento y acción social de la Iglesia en la España contemporánea». Según el ponente, el catolicismo social en España fue *menos rico e importante que en Francia, sin originar tantas realizaciones como en Bélgica. El escasísimo pensamiento social originario de España contrasta con el adelanto que supuso en la teología del trabajo humano*. Según dicha teología, realidad en el siglo XX, el trabajo no es un castigo divino, sino bueno en sí mismo como querido por Dios para antes del pecado original y como medio eficacísimo de santificación en las tareas ordinarias.

La preocupación por la cuestión social es muy antigua en España. Debido a que las diferentes desamortizaciones, eclesiásticas y civiles de los siglos XVIII y XIX, desarticularon las vastas organizaciones sociales, los católico-sociales tuvieron que esforzarse para suplir el gran vacío originado por aquéllas. Aunque esta necesidad se agravará paulatinamente en ciertas regiones, de acuerdo con el progresivo avance del proceso industrializador en España, pesará con fuerza en la sociedad española.

Las sociedades de socorros mutuos, una vez permitidas por la Real Orden de 1837, se formaron a partir de 1840. Además de su carácter eminentemente católico, estas mutuas también son reivindicativas (llegan hasta la huelga), e incluso poseen un lenguaje progresista en materia social. En 1840 se introducen las Conferencias de San Vicente de Paúl, que se multiplican tras 1848. Algo

a los católicos a obrar según lo indicado, por lo que no tiene el mismo valor que una «permisión negativa del mal» como corresponde a otros tipos de tolerancia, como la que puede, y a veces debe, ejercer el poder civil.

después se fundan las escuelas dominicales para obreros e hijos de trabajadores, aumentan mucho las obras asistenciales y el mutualismo llega a su auge. También surgen las cajas rurales y de ahorros, los sindicatos agrícolas y algunas cooperativas, sobre todo de producción. Las congregaciones religiosas destacan por sus actuaciones sociales. Hacia 1850 el catolicismo contrarrevolucionario, con la influencia de Jaime Balmes y Juan Donoso Cortés, experimenta un notable desarrollo, aunque el catolicismo social de Francia y Bélgica influyese mucho en él a través de la Compañía de Jesús, debido a la especial movilidad de sus miembros.

Andrés-Gallego señaló tres corrientes sociales de la época: la moralista (la caridad era la única vía, según Donoso Cortés, para solucionar los problemas sociales, aunque mucho menos para Balmes), la corporativista (en España se debió al liberalismo orgánico del krausismo y a la posterior influencia, tras 1880, del neogremialismo francés), y la intervencionista (en 1900 Dato marca el punto de partida de la legislación social del Estado, aunque anteriormente hubiese algunas leyes al respecto).

Si antes de 1891 hay constancia de unas interesantes instituciones social-católicas, ya en 1890 la jerarquía eclesiástica asume dichas realizaciones, y en 1893 se crea el Consejo Nacional de Corporaciones Católicas Obreras que entroncará con la Acción Católica.

Según el ponente, muchas iniciativas tuvieron una clara impronta tradicionalista, pudiéndose afirmar que el movimiento social-católico fue fundado e impulsado por tradicionalistas, aunque tras 1891 se convirtiese en un movimiento liderado por aristócratas y otros sectores de la alta sociedad, destacando entre ellos el segundo marqués de Comillas. Este último, a pesar de su gran generosidad y desinteresada entrega a favor de la cuestión social, fue —según Andrés-Gallego— muy perjudicial para la organización del citado Consejo Nacional, debido a que controlaba esta institución y, desde ella, a todos los círculos y asociaciones católicas en un claro proceso de oligarquización. Este proceso nació, bien por miedo a la revolución socialista, bien por incapacidad de los propios obreros, o —añado— por la tendencia o el modelo social en la España de la época.

Alrededor de 1907 se originó un conflicto entre los partidarios de los sindicatos horizontales (sólo de obreros), reivindicativos y capaces de originar huelgas, frente a las asociaciones existentes hasta entonces con un carácter muy diferente. Estas últimas, lideradas por el marqués de Comillas, lograron frenar a sus oponentes mediante presiones a los obispos, y la presentación de

un recurso a Roma —sin éxito, porque el Sumo Pontífice guardó un prudente silencio— acusando a sus oponentes de modernistas en materia social. El modernismo de comienzos del siglo fue el ambiente propicio para el desenvolvimiento de este conflicto. Su consecuencia fue que no pocos clérigos sindicalistas (Gerard, Palau, Arboleya, etc.) serán apartados de la acción social por sus superiores e incluso —alguno— destinado a tierras hispanoamericanas.

Poco después, el sindicalismo se dividirá en dos organizaciones paralelas: unos sindicatos influidos por élites sociales muy afectas a don Alfonso XIII y dependientes de la jerarquía eclesiástica, y otros de corte tradicionalista independientes de esta última (v. gr., el sindicato libre de Barcelona, legitimista por reconocer a don Jaime I, que puso fin a la violencia anarquista). Con posterioridad, el sindicalismo católico adquirirá una gran fuerza incluso durante la II República y la jerarquía católica (cardenales Gomá, Plá y Deniel, etc.) se opondrá a la política del general Franco de organizar un sindicato único del Estado con prohibición de cualquier sindicato católico independiente. Con ocasión de las circunstancias políticas que pudieran originarse con motivo de las posibles repercusiones en España del final de la segunda guerra mundial, en 1946 la jerarquía crea los sindicatos católicos HOAC y JOC, enfrentados de alguna manera al Gobierno. Según esto, a decir del ponente, no es cierto que los sindicatos más recientes los creasen los comunistas con trabajadores católicos.

El Dr. Antón M. Pazos, profesor de historia de la Iglesia en la Universidad de Navarra, ofreció una original y densa síntesis sobre las «Ideas y objetivos de los promotores de la acción social en Navarra». Este tema se encontraba, hasta hoy, apenas explorado, por lo que la ponencia del Dr. Pazos marca una interesante dirección en el estudio de la historia social reciente de Navarra.

Según el ponente, la recepción práctica de la *Rerum novarum* es tardía, pues se retrasa hasta 1902-1904. El estímulo para una acción social distinta de las instituciones sociales existentes, que tenían un carácter caritativo y asistencial, no se debe ni a la efervescencia social (incipiente y muy escasa), ni a otras actividades obreras (la peregrinación obrera a Roma pretende demostrar la carencia de problemas sociales), sino que llega de fuera de los límites de Navarra, concretamente del P. Vicent. Este jesuita formó a dos sacerdotes que le envió el obispo al efecto, y pretendió que la acción social dependiese totalmente de los párrocos. Por lo que a ello respecta, y a diferencia de otras regiones, los párrocos no ofrecieron resistencia en Navarra, lo que creemos altamente sig-

nificativo. El *Diario de Navarra*, receloso, mostrará que la elevada densidad de clero en Navarra y el carácter social que éste iba manifestando, podría introducir novedades sociales en la forma de pensar de los navarros. Además de Vicent, en el clero también influyó la lectura de la revista *Cuestiones sociales*, que estimulaba la creación de cajas de ahorro y el mutuo apoyo entre los asociados.

La protagonista de la acción social en Navarra fue la Iglesia jerárquica y no los fieles. Por eso, en 1912, el obispo de Pamplona logrará, a beneficio de sus sacerdotes, la exención de la prohibición decretada por Roma de que los eclesiásticos ejerciesen cargos de responsabilidad o de gobierno en las instituciones sociales.

Según el Dr. Pazos, en esta región *no existió novedad alguna doctrinal*; los publicistas y hombres de acción transmitían y aplicaban los contenidos teóricos habituales entre los católico-sociales. *La novedad residía en que dichos contenidos eran tomados con una gran radicalidad*. Para el obispo, el enemigo será el socialismo ideológico (relativo a la familia, sociedad y religión), no el económico (él mismo habla de cierta socialización de bienes), aunque también el liberalismo, pero sólo en cuanto enemigo de la libertad de la Iglesia. Sin embargo, para Antonio Yoldi, párroco de Olite, el enemigo era tanto el socialismo como el liberalismo. El catolicismo-social en Navarra tuvo un carácter confesional católico, se acerca mucho al sindicalismo-clerical por lo que respecta a su organización, es anti-individualista, defiende un régimen corporativo e interclasista, es antimercantilista (recela del mercado y del enriquecimiento) y se muestra partidario del intercambio de bienes (cooperativas y sindicatos).

A decir del ponente, aunque los social-católicos descaban una sociedad moderna, muy diferente a otras modernidades, existirá un choque entre aquéllos y el sector del *Diario de Navarra*. En este pugilato prevaleció este último sector, aunque Roma había rechazado su denuncia contra los social-católicos a quienes éste había acusado de modernistas en materia social. Dicho diario representaba la modernización de corte capitalista.

Creemos obligado destacar esta ponencia por su novedad en el ámbito regional de Navarra, y porque los estudios globales exigen otros más localizados. Sería muy interesante, por ejemplo, una ulterior profundización respecto a la relación que, al parecer, existió entre la perspectiva mantenida por los eclesiásticos social-católicos y el carácter populista y tradicional (por otra parte, sabemos que políticamente en su dimensión carlista) de un amplio sector interclasista de la sociedad navarra. Los clérigos fueron un motor

para la acción católico-social, pero ¿pudieron estar a su vez motivados por la misma sociedad a la que querían servir, en una región donde el clero y la comunidad cívica estuvieron, al parecer, muy identificados? La posición del *Diario de Navarra* en su controversia con los católico-sociales, ¿representaba a los liberales conservadores y éstos a la industrialización de la región? ¿Hubo alguna relación entre el ámbito rural y el catolicismo-social por un lado, entre este último y la pequeña burguesía comercial de los núcleos urbanos por otro, y entre la industrialización y la oposición a los social-católicos en un tercer plano?

Comprendemos la limitación temporal del Coloquio. Una mención a la actividad del catolicismo-social en Austria, Suiza y Reino Unido, hubiera completado el panorama de este movimiento en Europa, máxime cuando los contenidos doctrinales en Austria tuvieron el carácter de pioneros en el viejo continente (6), Suiza (v. gr., el cantón de Friburgo) destaca por su actividad, y Reino Unido resalta por el carácter marcadamente democrático de los católicos-sociales.

Algunos ponentes (Hilaire y sobre todo Andrés-Gallego) mencionaron al sector tradicionalista, importante no sólo por antiliberal y contrarrevolucionario, en la génesis y el primer desarrollo del movimiento social-católico. Sector éste que no quería echar atrás la rueda de la historia, aunque su modernidad fuese diferente a otras modernidades (liberal, socialista, etc.). El carácter diacrónico y evolutivo de las exposiciones del Coloquio impidió profundizar en este aspecto, creemos que importante para comprender el movimiento estudiado anterior a 1891 y la íntima relación existente entre él y la compleja situación socio-política donde se generó. El tradicionalismo, que en su día perdió la batalla política —por ello injusta y a veces interesadamente olvidado y desvir-

(6) Podemos preguntarnos qué movimiento social-católico fue anterior: el de Francia (La Tour du Pin, De Mun, etc.) o el de Austria (príncipe de Liechtenstein, condes de Belcredi, De Blome..., barón Carlos Vogelsang, etcétera). De GASPÈRI señala al respecto: «No sería pequeña dificultad de resolver la cuestión de prioridad, puesto que los dos grupos, nacidos más o menos en el mismo período en el cual se había agudizado en toda Europa la cuestión obrera, cooperaron mutuamente intercambiándose a veces los colaboradores de las dos revistas y llegando después, mediante la "Unión de Friburgo", a conclusiones comunes. Aun dejando sin resolver la cuestión de la precedencia, permanece cierto que el clima político-social más favorable al nacimiento y al culto de las ideas de reforma, que más particularmente fueron llamadas "socialcristianas", era Austria, y el maestro más lógico, más radical y más sistemático fue Carlos Vogelsang». DE GASPÈRI, Alcide, *El tiempo y los hombres que prepararon la «Rerum novarum»*. Buenos Aires, Ed. Difusión, 1948, 188 págs., págs. 45-46.

tuado—, se mostró muy activo en el batallar social, muy coherente así con su mentalidad «sociedalista» o comunitaria. Esta tendencia socio-política no tuvo relación directa con el conflicto existente en el seno de las fuerzas católico-sociales de todos los países a comienzos del siglo xx. Por ejemplo, en España el sindicato libre de Barcelona, independiente de la jerarquía católica, era —precisamente— legitimista (jaimista) y, en Navarra, los enemigos de la tendencia católico-social pertenecían al círculo del *Diario de Navarra*.

El coloquio ha dejado patente que la lucha por la elevación de las masas obreras no ha sido monopolio de la acción socialista o revolucionaria. *No se puede seguir identificando el movimiento obrero con la revolución*, lo cual corrige una creencia generalizada ya por ignorancia; ya por repetición interesada; ya por la actual politización social, o bien por la mala conciencia de ciertos católicos complacientes con el liberalismo económico o ideológico. Asimismo, se ha mostrado tanto la diferencia existente entre el carácter social y el político de la democracia cristiana, como la total improcedencia de identificar el catolicismo social con una democracia cristiana liberal en política. Es decir, la democracia cristiana existente tras la segunda guerra mundial provino de muchas fuentes, no todas demócratas ni todas católicas.

Los círculos católicos más comprometidos y la propia jerarquía eclesiástica, intervinieron oportunamente en la cuestión social, aunque la *Rerum novarum* fuese tardía. Este retraso queda justificado, porque la encíclica no mostró el punto de partida, sino que, a decir de Turmann, fue una «conclusión doctrinal de largas y fecundas controversias y un prólogo» de nuevas y pujantes actuaciones sociales católicas.

El movimiento católico quiso dar respuesta a todos los problemas sociales, a toda actividad y a las partes implicadas en el mundo laboral. Se dirigió a todo tipo de trabajo y trabajador. Y lo hizo con una clara intención de evitar los conflictos sociales. Sus planteamientos fueron globales y llegaron a las raíces de la problemática social, mucho más lejos que la dialéctica socialista. No obstante, mientras la Iglesia jerárquica orientó la cuestión social a la evangelización principalmente (conforme a su misión fundamental), los católicos también veían en la cuestión social un reto a resolver según su responsabilidad y actividad personales, conforme a una materia temporal con autonomía propia. La respuesta global de los católicos a los problemas sociales planteados fue plural, evolutiva y con una notable capacidad pragmática. Ciertas novedades sociales causaron recelos en algunos sectores católicos debido a la

conflictiva circunstancia de la herejía modernista, epidemia ésta extendida en ciertos círculos católicos. Creemos lamentable y significativo que ideologías exógenas al catolicismo-social pudiesen introducir desviaciones en este vasto movimiento de masas, lo cual pudo ser posible no sólo por encontrarse éste inserto plenamente en los acontecimientos de la historia.

¿No parecen plenamente actuales, en su fondo y forma, las palabras con que el conde Albert de Mun (legitimista) galvanizaba antaño a su auditorio, sobre todo teniendo presente la encíclica *Centesimus annus* de Juan Pablo II?: «(...) Recordaréis la sorpresa, la emoción y luego después la aclamación universal con que fue recibida [la encíclica]; sorpresa profunda en todos los que no acertaban a ver en la Iglesia sino una especie de guardia civil o de polizonte de la sociedad burguesa y en toda esa multitud de satisfechos, escandalizados de oír a la más alta autoridad del mundo sancionar ideas y doctrinas que ayer creían subversivas y funestas (...)» (discurso del 6 de junio de 1892) (7).

(7) TURMANN, Max, *El desenvolvimiento del catolicismo social desde la encíclica «Rerum novarum»*, Madrid (1900), 446 págs., pág. 245. Turmann considera que: «Hay hombres de Estado —y no pocos honrados burgueses— que querrían hacer de la Iglesia una guardia civil puesta al servicio de las clases ricas; pero la Iglesia ha declinado siempre el honor de esta misión; siempre se ha negado “a hacer guardia, a amparar los abusos de la sociedad”. Veámos, si no a sus autorizados representantes intervenir a veces en las huelgas, no para condenar *a priori* las reivindicaciones obreras en nombre de los intereses del capital, sino esforzándose en restablecer la armonía rota entre los dos grupos sociales» (pág. 259). El texto inserto en este fragmento es de León Gregoire.